

OSCURO ES EL ROSTRO DE LA MEMORIA

por Jaime Domínguez Tojo

Premio de relato corto
del Primer Certamen Literario "El ajedrez se hace palabra..." (2000)

"Nun leito de rosas durmín" (J. Alfonso)

El ruido de la llave en la puerta me despertó de la pesadilla que, noche tras noche, amargaba mis sueños. Tendré dolor de cabeza, pensé, e intenté concentrarme para seguir durmiendo. No lo iba a conseguir, nunca lo conseguía. Además la postura en que me habían dejado era incómoda.

Por la forma cansina de romper el silencio, supe que era Vargas. Distinguía perfectamente cuál de los dos era el que entraba por su forma de mover la manilla de la puerta al abrirla. Vargas era de toque lento, la acariciaba antes de darle el impulso hacia abajo y luego la empujaba suavemente como si no quisiera hacerle daño. Sánchez era brusco, de manotazo y patadón, saludo acompañado de golpe en la espalda y frase corta, la palabra precisa, el calificativo insultantemente agresivo pero cariñoso al mismo tiempo: "cabrón, deja de leer" o "vale ya, maricón, guarda ese periódico de rojos". Porque Vargas lo primero que hacía después de entrar en la estancia era abrir el periódico, antes incluso de quitarse el abrigo o la chaqueta. Abría "El Mercurio", prensa militar, y se iba directamente a la página de sucesos nacionales buscando siempre la misma noticia, que él imaginaba con el siguiente titular: "El poeta comunista Pablo Neruda ha muerto".

Y la esperaba no porque odiase la poesía, que se la traía muy floja, sino porque odiaba a Neruda hasta el poro más recóndito de su cuerpo.

Yo le había oído contar la historia de este odio varias veces, variaba el número de golpes o la frase acusatoria, pero nunca la rabia y el deseo de venganza.

Durante el período previo a la llegada de Allende al poder, Vargas, policía del temido cuerpo de la Seguridad Nacional, tenía encomendada la misión de reventar asambleas estudiantiles y pasar información de líderes de la izquierda universitaria. A una de aquellas asambleas multitudinarias había acudido Neruda invitado por las juventudes comunistas a recitar unos poemas. Vargas se encontraba en uno de los laterales del salón de conferencias, apoyado contra la pared, fumando con una mueca de asco. La entrada de Neruda en el inmenso recinto fue recibida con atronadores gritos de saludo y alegría, una gran cantidad de jóvenes puestos en pie encima de los bancos, puños en alto, cantaba la Internacional y lanzaban vivas al socialismo, al Che y a la invencible clase obrera.

Vargas, esquinado y medio oculto por unas mesas inservibles que alguien colocara allí, daba tímida palmadas, como queriendo acompañar los sonos rítmicos de las consignas, y mordía fuertemente el cigarro para disimular el gesto de rabia que sentía.

La presencia de Neruda en la tarima fue acallando los ruidos y las voces. El poeta, trajeado y peinado con agua hacia atrás, consiguió un silencio de gruta oceánica antes de comenzar, con su voz de caracola marina, a recitar: Si solamente me tocaras el corazón/ si solamente pusieras tu boca en mi corazón.

Después calló. Vargas se intranquilizó y sintió un escalofrío. Pensó en el remoto sur y en el azul del agua que rodea los icebergs, en las patadas que de niño le daba a una lata vacía de membrillo en medio de la calle polvorienta de su pueblo.

No puedo seguir recitando. La voz del poeta se oyó, todavía con el timbre de la emoción contenida, por los altavoces situados en las cuatro esquinas de la sala. Mientras haya un esbirro del gobierno militar aquí dentro pudriendo el aire de la libertad, no debo seguir. Vargas comenzó un imperceptible movimiento de repliegue hacia las mesas amontonadas, pero unas barras de hierro se lo impidieron. Esa rata infame que veis ahí, al lado de las mesas, procede de los tenebrosos sótanos del palacio de los horrores; lo conozco bien, es un torturador.

Antes de que un grupo lo levantara en volandas y se lo llevara fuera de la sala, Vargas ya tenía todo el cuerpo cubierto de escupitajos, la

nariz rota, la espalda y las nalgas llenas de moretones y arrancados unos mechones de cabello.

- *"Pero eso no fue nada, Sánchez, comparado con lo que me hizo ese grupo al llegar al patio. Ya me viste en el hospital, peor que un gato despellejado me dejaron. Lo que no acabo de explicarme es de qué me conocía a mí ese coplista del carajo".*
- *"Venga, pendejo, déjate de recuerdos, cierra el diario y vamos a la partida antes de empezar a trinar".*

Así llamaba Sánchez al trabajo, trinar; por lo de los pájaros, y se reía.

Sánchez cogió la caja de madera que estaba encima del armario y todas las piezas nos movimos, tropezando unas con otras. Me seguía doliendo la cabeza y tenía arcadas. No era un buen día para empezar una partida.

Colocó la caja sobre su mesa y abrió la tapa lanzándonos una bocanada de humo del pitillo rubio, regalo de los americanos, que sujetaba entre los labios. Dispuso el tablero sobre la mesa y empezó a sacar las piezas. Una de las primeras fui yo. Me cogió por la cabeza y suavemente me depositó delante de la torre. Mejor, pensé, tardaré en entrar en juego. Siempre jugábamos en la mesa de Sánchez, no por nada en especial, sólo que la mesa de Sánchez nunca tenía nada encima, ni un papel, ni un informe, nada, la superficie monda y lironda. Lo que necesitaba lo guardaba en el cajón de la derecha, que ni siquiera cerraba con llave, y además, para qué lo iba a cerrar, si todos conocían su tesoro, él mismo se enorgullecía públicamente del contenido. Allí había un puño americano de plata, "me lo traje de España"; un cascanueces con el lema Escuela de las Américas, "regalo de los gringos"; unas cajas de alfileres, "herencia de mi abuela", bolsas de plástico y una porra de goma, "del súper de la esquina, no más, güevones". Esto era todo el material de trabajo que Sánchez necesitaba, esto y un ajedrez.

El juego del ajedrez era una auténtica pasión desde niño, tan vital que le había exigido a Vargas su aprendizaje para trabajar juntos. Habían sido los curas los que le habían enseñado a jugar en la escuela de Santa María de Iquique, y desde entonces no dejaba de echar partidas con quien se le pusiera a tiro. Nunca mejor aplicada la frase, comentaba él, muerto de risa. Tiros y ajedrez, ésa había

sido mi vida, se galleaba las noches de trago. Formaba parte de su leyenda, partidas a vida o muerte con presos del Estadio Nacional, los que le ganaban tenían un día más por delante.

"Los putos comunistas son los que mejor juegan, sobre todo los que pasaron por la madrecita Rusia. Esa universidad de Patricio Lumumba tenía un nivel cojonudo, si yo hubiese pasado por allí estaría jugando con los mejores. A los socialistas los extingo en un mes".

Siempre jugaba con negras y siempre me acariciaba antes de mover cualquier pieza. A veces llegué a pensar que me sentía, que sabía que yo estaba allí, encerrado dentro del peón, como una fantasía nacida de la magia de otros tiempos. Sobre todo cuando me susurraba frases tiernas con su estilo camionero, "venga, peoncito, cómele las pelotitas" o "ánimo, machote, raja a esa putita".

Me seguían haciendo gracia las expresiones tan vulgares que utilizaba.

Pero es que él no sabía que éramos un valioso y aristocrático ajedrez, de procedencia centroeuropea. Ni que el artesano que nos talló ya pensaba en los atardeceres que se verían desde el salón de la casa donde reposábamos, al pie de la ventana, encima de una mesa de alabastro. Atardeceres de otoño con el rumor del río y las carcajadas de Jacobo jugando a esconderse de su madre. Jacobo, ¿qué habrá sido de él? Sentado en la mesa, repasando las conjugaciones latinas y moviendo pieza. "¡Venga, mamá!, ya moví, te toca". Con sus manos delicadas, como el viento entre las ramas, nos cogía y nos movía alrededor de sus dedos, la mirada perdida en el jardín y en el agua que fluía llevándose las hojas. Él sí sabía lo que valíamos, "las piezas son de marfil y el tablero de ébano, ¿verdad, mamá?". Nos presentaba así ante su amigo Albert, de su misma edad, rubio, compañero de colegio y acompañante de paseos por el bosque cogidos de la mano. Interminables paseos para hablar y hablar. Monólogos de innumerables interrogantes con las dudas más íntimas resbalándole por la piel. O frenéticas exposiciones de los viajes que iban a hacer juntos, los libros que leerían y detalladas descripciones de las tabernas donde los podrían encontrar, borrachos de pasión y alegremente tristes. El día que me llevaron con ellos al bosque, le contó nuestra historia. Mientras jugaban en un rincón apartado entre castaños de indias, le

fue relatando cómo su abuelo vino de Munich a su cumpleaños con un regalo enorme hecho de marfil y madera de África.

Y a medida que el artesano nos iba construyendo, mi abuelo, decía Jacobo, le explicaba cómo era el niño que recibiría el regalo, y la casa donde éste vivía, el jardín que acogería las partidas de verano y el sabor de la lluvia de los interminables inviernos. Cuando terminaron de jugar subieron a uno de los castaños. Al bajar, exhaustos, se abrazaron y se besaron. Fue la primera vez que los vi besarse, tenían 17 años.

Al regresar a casa nos encontramos con un devastador desorden. Una montaña de maletas preparadas en la puerta y una orden nerviosa y tajante, "Jacobo, recoge tus cosas, nos vamos". Mientras guardaba ropa, libros, fotos, su madre le daba detalles de las primeras detenciones de judíos, las casas asaltadas, las tiendas quemadas. La humillación y la huida. Casi no tuvo tiempo de despedirse de Albert, y se olvidó de nosotros, desparramados por la alfombra. Después, el silencio y la oscuridad. No volví a ver a ninguno de ellos. La persona que, días después, corrió las cortinas y nos cegó de luz era un oficial de las SS. Nos pasó una mano enguantada por encima y también supo lo que valíamos. "Es una joya", sentenció, "me lo llevo".

Vargas tiene dudas sobre qué pieza mover. Sánchez me acaricia y silba, está contento. Tiene la partida en la cabeza y podría mover a ciegas las siguientes cinco jugadas.

¿Te hablé alguna vez del oficial nazi que me regaló este ajedrez?

No me despistes, le contesta Vargas. Le salvé la vida, sentí lástima por la miserable rata germánica implorando por su pellejo. Y no era malo jugando. Como todos los alemanes, carecía de ese punto de improvisación, de alegría y creatividad que hacen de éste un juego exclusivo y genial, pero no era malo. El agente de Mossad que enviaron a por él era mucho mejor, por eso casi lo entrego. Un askenazi sionista que había emigrado a Israel antes de la guerra, desde Rusia, claro. Movía con la precisión del león cazando y se concentraba de tal forma que iluminaba el tablero de energía, casi hacía levitar las piezas. Me trataba bien, copas, mujeres y ajedrez, mucho ajedrez y del bueno. En medio de la farra, preguntas: que qué sabía yo de los nazis, cuántos se habían escondido en Chile, dónde trabajaban. Y el que más le interesaba era el pendejo que

teníamos en la oficina, ¡quién lo hubiese dicho, un asesino de masas, un científico del exterminio! Que conste que a mí me importaba un carajo, yo siempre pensé que la mitad de la humanidad sobraba y a la otra mitad había que tenerla debajo de una bota y con una tranca en la mano por si se movía. Pero había dinero, Vargas, mucho dinero. Y se lo dije al ario, a ver qué podía hacer por mí. De entrada, que hablara con los de arriba y me sacara de las letrinas de las calles, yo a servicios especiales, como tú, Vargas, con los guapos y los listos del cuerpo. Ya estaba bien de pudrirse por los barrios más miserables de la ciudad. Quería esto que tenemos ahora, despacho, media mañana sin hacer nada, prensa, cháchara y ajedrez. Y de vez en cuando que nos traigan a alguien para hacerlo trinar, pero alguien listo, nada de obreros o líderes de barrio; un estudiante metido a socialista o algún intelectual para quemarlos los libros en las narices, es lo que más les jode y yo me parto de risa. Son personajes grotescos y me gusta rebajarlos a la altura de los gusanos, que me coman en la mano y se vayan de aquí dándome las gracias por haberles descubierto nuevas facetas de su personalidad, las de cobarde y chivato, ja, ja, ja.

Vargas adelantó un peón, protegió un alfil, amenazó un caballo y creó una nueva relación de fuerzas en el centro del tablero.

Vaya, vaya con el Varguitas, qué rápido aprende.

Sánchez se inclinó sobre el tablero, encendió un cigarro, se quedó callado y pensativo. Fumaba lentamente, aspirando con fuerza y reteniendo mucho tiempo el humo en los pulmones. Me balanceaba con la yema de su dedo índice cuando llamaron a la puerta.

Pasen, carajo. Un soldado uniformado entró acompañado de un joven rubio, esposado, con una manga de la camisa desgarrada.

Ninguno de los dos prestó mucha atención, siguieron a lo suyo. Vargas se había acercado a la ventana y observaba la calle pensando en el patio trasero de su casa, allá en el profundo sur. Veía los coches y se acordaba de las gallinas de su abuela picoteando entre la tierra. Sánchez, después de echarle una mirada de reojo al muchacho, abrió el cajón despacio, sin hacer ruido y se incrustó el puño americano en los dedos, aquel pollito no iba a durarles mucho. Inició al mismo tiempo un silbido de una melodía famosa y un movimiento de caballo. Cuando depositó el caballo en

el cuadro negro, dando un jaque a la dama, sonriendo por aquella jugada inesperada, se dirigió hacia el prisionero y sin mediar palabra le arreó un puñetazo en la cara con el artilugio de hierro que lo derribó. Vargas, a su vez, se movió tan rápido como un mapache delante de una cascabel. Dando grandes pasos, alcanzó el cuerpo del chico retorciéndose en el suelo. La patada que le atizó en los pulmones lo puso tieso y duro a pesar del dolor punzante que le recorría todo el vientre, "me voy a cagar", balbuceó. "Como lo hagas, te comes tu mierda", le contestó Sánchez, mientras lo sentaba en la silla agarrándolo por los pelos.

"Vamos a ver, guapito, tienes dos posibilidades", continuó Sánchez, "una que te cagues y te comas la porquería, o que te selle el culo con pegamento rápido y revientes por dentro; tú eliges. Claro que hay una tercera más civilizada, rápida y cómoda para los tres. Como puedes ver, nosotros tenemos una partida de ajedrez comenzada y queremos seguir jugando sin necesidad de oír gritos o manchar toda la estancia de sangre. Por lo tanto, caballero, simplificando la situación, tú te quieres ir y yo dar jaque mate, así de fácil. No vamos a estropear esta mañana tan linda, ¿verdad?".

El muchacho, sangrando por la boca, se agarraba el vientre con los brazos y lloraba sobre los zapatos. Tenía el pelo mojado de sudor, pegado a la frente y un zumbido en los oídos que casi le impedía oír lo que decía aquel hombre. La noche anterior había estado en casa de Claudia, discutieron acaloradamente de la situación provocada por el golpe militar, después habían hecho el amor en el sofá del salón. Sobre las seis de la madrugada abandonó la casa para ir a esconderse en el barrio de La Tablada, es lo que habían acordado al despedirse.

Bueno, chico, vamos a empezar. Te llamas Carlos Fonseca, eres militante del Movimiento de Estudiantes Revolucionarios, estudias en la Politécnica y trabajas en los barrios con Solidaridad Cristiana. Todo esto es cierto... ¿no?

Pensó en Claudia y asintió con la cabeza.

Muy bien, lo jaleó Sánchez, creo que nos entenderemos perfectamente. Ahora, muy clarito y despacio, me vas a decir los nombres de todos tus compañeros del MER en la facultad, el nombre de los profesores que os ayudaban, dónde os reuníais y cuál de estos profesores era el contacto con el partido.

Vale, vale, te estás repitiendo. Ya está, chico, todo anotado, ves qué fácil. Tú ahora te vas con el milico y dentro de un par de días en casa tan feliz.

Sánchez pintó una cruz roja en el expediente que entregó al soldado. Cuando estaban saliendo, levantó la cabeza y, sonriendo, se despidió, "oye, guapito, saluda a los tiburones de mi parte". El muchacho giró la cabeza y puso cara de no entender, después se perdió en el pasillo.

A media mañana salían a tomarse un café, pero Vargas estaba demasiado enfrascado en la partida. No había dicho nada desde que el muchacho entrara en la sala, lo vio tan flojo que lo dejó en manos de Sánchez. Aquel caballo que estaba tan cerca de mí era lo único que lo crispaba. De dónde había sacado este movimiento tan bueno, se debía estar preguntando.

¿Tú crees que se enteran cuando los tiran del avión?

Vargas ni oyó la pregunta de su compañero, tenía los ojos clavados en mí, obsesionado con la jugada. Había algo que Vargas no acababa de entender y era cómo un ser tan primitivo y vulgar como Sánchez podía tener aquella visión de la estrategia tan sublime, casi genial. Convertía los movimientos de sus piezas en un ejercicio de danza perfecto, disciplinado y geométrico, en una imaginativa combinación estelar exclusiva de un artista. Él había llegado al ajedrez a través de Sánchez, era cierto, incluso al principio despreciaba las derrotas por la propia naturaleza del juego, demasiado rebuscado y femenino, se jactaba intentando provocar al iracundo. Pero eso había sido antes de comprender la tensión cósmica que anidaba en lo profundo de su concepción, tan unida al ser del hombre que todas las pasiones se encontraban representadas en la multiplicidad de ataques y defensas, retiradas y ofensivas, jaques y desplantes, que no eran otra cosa que el juego de la vida misma sobre un tablero.

"Este juego nos acerca a los dioses", le había dicho un día a Sánchez, muy serio, y éste, estupefacto, comenzó a reír hasta estallar en un mar de lágrimas que tuvo que vaciar en forma de meada antes de empapar los pantalones. Al volver del baño, secándose los ojos, le aclaró el espasmo: "hacía años que no oía una gilipollez tan grande".

Un compañero arremangado y con corbata parda entró en la habitación sin llamar. Vargas se sobresaltó. "Parece ser que traen a unos peces gordos del partido, éste es el que os toca a vosotros", les dijo entregándole un expediente a Sánchez. "No salgáis hasta que lleguen, orden de arriba. Ah, dice el jefe que si se pone terco podéis hacer salsa de tomate". Cerró la puerta y se fue. Vargas intentó meterse en la partida, pero le resultó imposible, se veía acorralado y acabado. Necesitaba una salida del campo de dominio del caballo. Escuchó, acercándose, la sirena del jeep militar; observó la disposición de los peones; sintió las carreras por el pasillo de madera y, cuando abrieron la puerta, estaba a punto de entregar su rey.

Los soldados dejaron a un hombre de unos cincuenta años sobre la silla, exigieron la firma de entrega en un papel amarillento, comentaron que era más callado que un mudo, saludaron y se fueron.

Sánchez se había sentado, leyendo el expediente. Dentro de la habitación se respiraba un irreal ambiente de teatro. El hombre, cabeza inclinada sobre el pecho, parecía dormir; Vargas, concentrado encima del tablero de ajedrez, era una estatua ensimismada; Sánchez, sentado, fumaba mientras leía.

La pompa de jabón explotó y los resortes mecánicos que nos conducen al abismo se pusieron en marcha. La serpiente se enroscó sobre sus huevos, elevó medio cuerpo a la altura de la infamia y disparó la lengua bífida.

"Vamos a ver, pajarito," y la voz de Sánchez nunca me sonó tan cruel, "te llamas Jacobo Yerkovich".

Si en ese momento hubiese explotado una bomba debajo del tablero, no me habría conmovido tanto como lo que oí. Jacobo aquí, no podía ser.

Sánchez se mueve por toda la habitación recitando el expediente con voz monótona.

"Aleman nacionalizado, profesor de literatura de la Universidad Central, miembro del comité central del Partido Comunista, íntimo de Allende y homosexual".

No me lo puedo creer, después de tantos años, y tiene que aparecer en Chile, en esta comisaría y en esta situación. La vida no puede ser tan cruel. Es él, está cambiado, pero sigue conservando el mismo aire de soledad, la mirada perdida y ese movimiento con los dedos, haciendo bailar la yema del índice con la del pulgar. Sólo lo hacía cuando estaba muy nervioso. Mírame, le ruego, mírame.

"Mira tú, Vargas, qué perla nos traen de regalo, no le falta de nada, judío, comunista y maricón. Y yo que pensaba que de éstos ya no se hacían, nunca aprenderemos, la sorpresa es la guinda del trabajo. Y al trabajo nos entregamos con esfuerzo y dedicación, vamos allá".

Sánchez agarra la barbilla de Jacobo y de un tirón le obliga a levantar la cabeza. La habla gritando a una persona que viene de un mundo que él no puede entender. Sería lo mismo que le gritase al silencio, o lo hiciese en el interior de un huracán: "aparte de esa basura que leímos, suficiente para cortarte las pelotas, lo que queremos es que nos digas dónde se esconde Luis Corbalán".

La frase la termina soltando la barbilla y, en un rápido movimiento, le abofetea la cara con tal fuerza que unas gotas de sangre salen despedidas hacia la pared.

Jacobo se tapa la nariz instintivamente con la mano, intenta evitar el chorro de sangre que se cuela entre sus dedos. Vargas le acerca un pañuelo y le pregunta, ¿quieres decirnos algo? Mueve afirmativamente la cabeza y Sánchez se acerca ladeando la cara para escucharlo mejor, "vendrá la muerte y tendrá tus ojos".

La voz fue como un susurro que obligó a Sánchez, extrañado, a exclamar: ¿cómo? Esta vez Jacobo repitió más alto, "vendrá la muerte y tendrá tus ojos".

No, no lo hagas así, te matarán. Dile lo que quieren saber a cambio de tu vida, dile que te irás del país, cualquier cosa, pero no juegues con ellos, son muy peligrosos. Tú eres alemán, háblale de la embajada, que darán dinero por ti. Cualquier cosa, que no pueden hacerte daño, que eres ciudadano extranjero. Vamos, defiéndete.

"Así que tenemos a un coplero en esta jaula de grillos. Muy bien, pues vamos a cantar todos".

Sánchez echa mano de la porra de goma y comienza a darle golpes sin parar hasta que Jacobo cae al suelo envolviéndose como un ovillo para protegerse de las patadas que le vuelan de todas las direcciones. Lo levantan entre los dos y lo apoyan en la mesa, inclinado hacia nosotros, sus manos se apoyan con fuerza en los bordes, se agarran a las tablas. Su cara, desfigurada por la sangre y el dolor, nos mira desde arriba.

¿Dónde se esconde el secretario del partido, Corbalán?

Están derrumbándole la poca entereza que le queda, machacándolo con alaridos. Cada uno de ellos está a un lado y no dejan de berrearle directamente en la oreja: ¿Dónde, dónde, dónde está, carajo?

Un brillo le nace de repente en las pupilas muertas, nos reconoció. Se acaba de dar cuenta de que somos nosotros, su ajedrez de cumpleaños. No puede ser de otra manera, en medio del horror le cambió la expresión e intenta sonreír. Una nube de añoranza le atraviesa el rostro y unos lagrimones como bombillas estallan a nuestros pies. Jacobo acaba de conjurar los fantasmas del pasado y llega a la certeza inexplicable de que el artesano que nos talló había presagiado también este final. Todo tiene su origen en el caos, está pensando, él tampoco debería estar aquí. Vargas le tira del pelo hacia atrás y vuelve a preguntar, ¿dónde se esconde? Jacobo tensa el cuello girando lentamente la cabeza hacia él y esta vez vocaliza a la perfección, "vendrá la muerte y tendrá tus ojos".

Sánchez le golpea con la porra la entrepierna y Jacobo cae, agarrándose los testículos, primero de rodillas y después, impulsado por el patadón de Vargas en la espalda, desparramado por el suelo.

Pero la sonrisa no desaparece de sus labios, ya no está aquí, lo noto. "Alfil blanco come caballo negro", su voz de muchacho enamorado inunda la habitación. Está jugando la partida de su vida con Albert debajo de un castaño. Vargas se frena, se gira hacia el tablero. Sánchez observa. "Las blancas se enrocan". Jacobo continúa desde el suelo imaginando a un joven que acaricia la mejilla de su amigo, "torre blanca come la dama negra, mate en la siguiente con dama y peón blancos".

Sánchez se revuelve, va siguiendo los movimientos que Vargas, exultante, hace de las indicaciones de Jacobo. No tiene

escapatoria, maldice con un exabrupto brutal y golpea el tablero con el puño. Salimos volando y caigo al lado de su mejilla tumefacta, apoyada en la baldosa. Sánchez echa mano de su pistola y la acerca a la sien de Jacobo. "Venga Albert, ya moví, te toca". Es lo último que oigo antes del ruido seco del disparo.

La ola roja que mana de la cabeza de Jacobo me arrastra hasta la orilla de la ventana. Contemplo el exterior, está lloviendo sobre Santiago.